

HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: UNA CONFRONTACIÓN INESTABLE*

JACQUES REVEL**

La historia y las ciencias sociales: podría ser el objeto de un concurso académico, si existiesen aún hoy. Es una de las pocas discusiones que han sido obstinadamente invocadas, en Francia al menos, desde fines del siglo XIX. En 1894 fue publicada la obra de Paul Lacombe. De *l'histoire considérée comme science*, que se puede ver como la primera de una larga serie. En 1994 los *Annales* abandonan el subtítulo que Lucien Febvre y Fernand Braudel le habían colocado después de la guerra, el celebre *Économies, sociétés, civilisations*, por una fórmula nueva: *Histoire, sciences sociales*. Nueva, pero de hecho muy vieja: entre estos dos extremos de un centenario se podría sin mucho esfuerzo redactar una primera lista de proposiciones y de debates que han nutrido al tema; sin ninguna pretensión de exhaustividad, ella contará muchas decenas —probablemente centenas— de intervenciones importantes y de formas diversas.

Aunque no debe abusarse de esta continuidad. Ello induciría al error de llegar a la conclusión de que se trata de un problema clásico, estabilizado en sus términos y —por qué no— en sus soluciones. Ya que ha sido al revés. Durante un siglo la confrontación entre la historia y las ciencias sociales ha sido el lugar de un debate difícil y cambiante, el que se encuentra enteramente abierto todavía hoy. Este ha presentado características contradictorias. En la experiencia francesa, en efecto, todo ha ocurrido como si la historia por derecho propio debía mantener relaciones

* Publicado originalmente en: J. Boutier, D. Julia, *Passés Recomposés. Camps et chantiers de l'Histoire*, Ed. Autrement, Paris, 1995. Traducción de Claudia Menna.

** École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, Francia.

privilegiadas con las ciencias sociales, pues era en el fondo, una de ellas. Cuatro generaciones de historiadores han implícita o explícitamente vivido con esta convicción. Pero, una vez formulado este principio, restaba construirlo. Es decir, restaba establecer las modalidades de la coexistencia del intercambio entre las diferentes disciplinas. En este punto —desde donde se definen y se organizan las prácticas— la evidencia parecía mezclarse. Detrás de la misma proposición general, que propone que la historia y las ciencias sociales tienen objetos, preocupaciones y procedimientos en común, sucede que a veces también se combaten proyectos, modelos de conocimientos y de organización de los saberes, muy profundamente diferentes. Una palabra puede cómodamente resumir estos aspectos contrarios: la interdisciplinaria que, bajo formas variables, dibuja una espera y permite medir, por defecto, la distancia de la meta. La interdisciplinaria es un slogan voluntarista y votivo (es necesario tenerlo presente), que alimenta, al mismo tiempo, la mala conciencia o la ironía de los científicos (nunca fue realizada).

Conviene por tanto tomar esta tensión en serio, y ver otra cosa que un lugar común de la retórica académica. La interdisciplinaria es, en efecto, inseparable de un proyecto intelectual continuamente reivindicado en la larga duración del siglo, pero discontinuo en su aplicación como en su concepción. Este proyecto, y el debate que él ha nutrido, no es específicamente francés, encontrándose por ejemplo, paralelos en Alemania, en Italia, o en el mundo anglosajón, según cronologías más o menos variables. Es sorprendente de constatar, sin embargo que esas diversas experiencias se parecen poco y que ellas no tienen —o tienen poca— comunicación entre ellas. Es que cada uno ha tomado forma y sentido en el seno de un contexto cultural e institucional muy particular al cual ella debe características irreductibles. Por tanto en la versión francesa hay una originalidad, que nos ocuparemos de caracterizar aquí, pues puede sin duda ser identificada por tres características: más que ninguna otra, ella ha sido voluntarista y se expresa por las tentativas reiteradas de construcción de un espacio a la vez epistemológico e institucional; más que ninguna otra ella se desarrolla en forma aislada o en todo caso, permaneciendo por largo tiempo sorda a los debates extranjeros; sólo en fin, ella ha dado a la historia un lugar de primer plano de cara a las otras ciencias sociales. Para intentar comprender esta originalidad, puede ser útil volver sobre los momentos sucesivos de esta confrontación.

El arrebatado durkheimiano

Volvamos al giro finisecular. En la Universidad que reconstruía la joven III República (y de la cual la "Nouvelle Sorbonne" es el brillante emblema) la disciplina histórica se beneficia de una posición preeminente. Preeminencia ideológica: ella fue investida de la tarea esencial de enunciar la identidad y las esperanzas de una nación asesinada por la derrota frente a Alemania —pensemos en Lavisse.

Preeminencia científica: ella encarna por excelencia el método “positivista”, la exigencia erudita y, más allá de ella, el sabio ideal que debe contribuir al rearme intelectual y moral de un país que prepara la revancha. En fin preeminencia institucional: garantía de una antigua legitimidad, la disciplina está en vía de rápida profesionalización; ella redefine sus cursos y sus *standards* y ella es, en este sentido, una beneficiaria particularmente mimada del espectacular crecimiento universitario de esos años. Su método, “el método”, deviene una referencia casi obligada, que se identifica esencialmente por la crítica erudita de los textos. La clásica *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos (1898) recapitula los principios básicos para los estudiantes, pero ese modelo orienta al mismo tiempo una buena parte de los estudios literarios. Frente a la historia, las ciencias sociales recién llegadas, encuentran difícilmente su lugar y su reconocimiento. La geografía, tardíamente constituida en disciplina unificada sobre el impulso de Vidal de la Blache, es la que hace el mejor camino, pero se encuentra en la posición de la hermana menor en relación con la historia, a despecho de un extraordinario florecimiento. La economía permanece tradicionalmente acantonada en las facultades de derecho y, allí también, subordinada. La psicología está descuartizada entre la enseñanza de la medicina (por su parte experimental) y la de la filosofía. La lingüística no tiene existencia autónoma.

La última ciencia social en aparecer, la sociología, es probablemente la de fortuna más paradójica: a una espectacular afirmación teórica, que se identifica en principio a la obra de Durkheim, a la multiplicación de frentes de reflexión crítica y de investigaciones (que ilustra a partir de 1898 *L'Année Sociologique*), no corresponde una verdadera recepción en el seno del mundo académico. La resistida carrera de Emile Durkheim y, más todavía, la de sus discípulos lo testimonian.⁽¹⁾ Es desde aquí, desde una disciplina mal reconocida y ultra minoritaria, de donde viene la primera proposición a una unificación de las ciencias sociales. Ello constituye, en muchos aspectos, una suerte de arrebató epistemológico. Al método erudito crítico, Durkheim y los suyos oponen las ambiciosas reglas alternativas del método sociológico, a la codificación de una profesión, un plan para la organización de las ciencias sociales. O, mejor dicho de “la ciencia social” de la cual la sociología está llamada, según ellos, a definir el canon epistemológico prescripto al mismo tiempo que a garantizar la unidad del conjunto. Porque nada justifica a sus ojos la división disciplinaria del trabajo, salvo las irregularidades de la historia y la diversidad de las competencias técnicas locales que, sin duda, son importantes pero que permanecen secundarias en relación al proyecto científico de conjunto. Aun más, es necesario que cada una de las prácticas particulares acepte tomar su lugar en el nuevo espacio científico que define el sociólogo y que se dispongan igualmente a reformar sus (malos) hábitos de pensamiento para conformarse con la agenda de tareas que les han propuesto. Una serie de confrontaciones tensas van así a oponer a los durkheimianos —frecuentemente representados por François Simiand— a los geógrafos, a los psicólogos y sobre todo a los historiadores.⁽²⁾ Frente a estos últimos,

Simiand aprovecha la ocasión de un vasto debate internacional sobre el carácter científico (o no) de la historia. Desplaza los términos del debate mostrando que no es sobre la erudición que puede estar fundada tal pretensión a la científicidad sino al contrario, aceptando las reglas constitutivas de una ciencia positiva. “No hay, por un lado, una historia de fenómenos sociales y, por otro, una ciencia de esos mismos fenómenos. Hay una disciplina científica que, para alcanzar los fenómenos objetos de su estudio, se sirve de un cierto método, el método histórico”. La especificidad de la historia es pues redefinida y limitada: ella puede y debe abrir la dimensión del tiempo a la experimentación sociológica.

O sea, que de lo que se trata aquí es menos de interdisciplinariedad, que de lo que se podría nombrar una a-disciplinariedad, puesto que las disciplinas son reducidas a las especializaciones inevitables en el seno de un mismo proyecto de conjunto. En *L'Année Sociologique* como en sus trabajos personales, los discípulos de Durkheim dan por otra parte el ejemplo, tanto pasando por el tamiz de sus exigencias la producción científica contemporánea, como llevándolas ellos mismos sobre los terrenos de búsquedas especializadas después de haber obtenido las competencias requeridas. Este plan de unificación no tendrá sin embargo un futuro inmediato.

Lo que revela este fracaso, es un balance de fuerzas masivo. Por brillante que sea, por agresiva que aparezca, la sociología no ha tenido los medios para llevar a cabo su política. Antes de que la primera guerra mundial diezme al equipo durkheimniano, los signos de resistencia se han manifestado. Resistencias conservadoras, caras a un conjunto de proposiciones que remiten a muchas de las posiciones y hábitos adquiridos, pero no solamente ellas. Las resistencias vienen también del lado de los que toman conciencia de la “crisis de la razón” que se abre en esos años, estimando que el modelo de científicidad —el de las ciencias de la naturaleza— reivindicado por los sociólogos es ya obsoleto y que convendría reconstruir sobre bases nuevas.

La alternativa pragmática: las ciencias del hombre

En este contexto, y en particular a partir de este debate, es necesario situar y comprender la otra proposición que se esboza entonces para organizar las relaciones entre la historia y las ciencias sociales. Esta no tiene, no tendrá jamás, la nitidez ni la certeza epistemológica del proyecto durkheimniano. Ella presenta, a decir verdad, menos un modelo de científicidad, que la sugerencia de un procedimiento empírico: demostrar el movimiento marchando. En 1900, Henri Berr funda la *Revue de Synthèse Historique*. La nueva revista, como todas las empresas posteriores de su animador, fue destinada a acompañar la realización de un proyecto desmedido de síntesis enciclopédica del conocimiento. Pero esta gran arquitectura importa menos que la manera de hacer que se deduce de ella. Se trata de crear un espacio

libre —y, reconozcamos, débilmente ordenado a pesar de la obsesión clasificatoria de Berr— de confrontación entre prácticas científicas que se ignoran muy a menudo. Berr estaba convencido que es la historia, y ya no más la filosofía, la que puede tener el lugar de la síntesis de los saberes. La primera tiene dentro de su programa un lugar central; mejor, organizador.

Los *Annales*, fundados por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929 tomarán el relevo afinando el proyecto, eliminándole sus escorias y sus adherencias mundanas, y dándole también la legitimidad universitaria que le faltaba. Bloch y Febvre, cuyas posiciones no son por otra parte exactamente idénticas, son buenos ejemplos de la trayectoria que se intenta precisar aquí. Uno y otro fueron formados en los primeros años del movimiento durkheimniano; al contrario de muchos, ellos han reconocido su deuda intelectual: sus elecciones de una historia social y sus rechazos a los compartimientos disciplinarios datan de su frecuentación juvenil de *l'Année Sociologique*. Pero ellos han elegido también no volverse a una nueva ortodoxia, una escuela. Han suscripto a la crítica del método erudito pero no han aceptado rápidamente las reglas imperiosas de la epistemología sociológica. La elección de organizar el intercambio entre disciplinas alrededor de la historia toma aquí toda su significación. Sin duda, Bloch y Febvre son historiadores y el primer título de su revista ha sido, recordémoslo, *Annales d'Histoire Economique et Sociale*. El programa comenzado a partir de 1929 importa una doble confrontación: de un lado, entre los acercamientos múltiples del presente, que ilustran las ciencias sociales y que deben enriquecer los modelos de inteligibilidad del pasado, y de otro, en sentido inverso, entre la experiencia del pasado y la interpretación de lo contemporáneo; la complejidad del tiempo social resulta servir de eje al encuentro interdisciplinario. Esta reorganización se corresponde con otro deslizamiento significativo. Para Durkheim y los suyos era solamente el método el que podía pretender unificar el campo de las ciencias sociales. Para los historiadores será el objeto supuestamente común de esas ciencias, es decir el hombre en sociedad (y sin duda no ha sido azar si durante largo tiempo en Francia, la expresión "ciencia del hombre" ha prevalecido sobre ciencia social). He aquí entonces bosquejado un modelo menos prestigioso pero seductor, más empírico, incluso improvisado, pero también, en lo inmediato, más operatorio y, dada su apariencia, más tranquilizador.

Lo provisorio será duradero. No es una cuestión para evocar aquí, sino sólo para bosquejarla, lo que ha sido la historia de las ciencias sociales francesas en el siglo XX. Retengamos sin embargo que, para la mayor parte de las ciencias sociales el reconocimiento y la institucionalización universitaria han sido tardíamente adquiridos, en los años 1950 y sobre todo 1960. La historia se benefició de esta minoridad prolongada. Como prueba, aparte de los *Annales*, el rol central que ha jugado una institución que ha sido su inmediata prolongación la *VI Section de l'École Pratique des Hautes Études (Sciences économiques et sociales)* fundado bajo el patrocinio de Lucien Febvre, largo tiempo animada por Fernand Braudel, y convertido en

1975 en *L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*. Mucho tiempo dirigida por los historiadores, puede por derecho propio ilustrar esta vía empírica.

Si nos hemos detenido sobre estas dos concepciones antiguas de la interdisciplinariedad, no es por gusto retrospectivo, sino porque ellas, hasta una edad muy reciente, han constituido los dos polos de un debate recurrente, aun cuando se perpetuó en contextos profundamente renovadores. La congregación alrededor de una epistemología unitaria, prescriptiva, muy a menudo llegada de disciplinas minoritarias o acantonadas en los márgenes del sistema académico (como en la marginalidad prestigiosa del *College de France*), también ha sido el fruto de investigadores cuya formación original era de naturaleza filosófica, tal cual ha sido el caso dominante en la casa de los sociólogos y los antropólogos franceses. Sin forzar mucho las cosas se podría así sugerir la comprensión del breve, pero intenso, momento estructuralista de principios de los años 1960 a los años 1970, como una vuelta en términos nuevos a la ambición durkheimniana (ello no impide ver aquí simultáneamente una tentativa de emancipación total de la tutela de la historia por parte de unas ciencias sociales reagrupadas bajo la bandera de una ideología científica a-histórica, incluso antihistórica). Hemos visto, en todo caso, reaparecer el programa de un modelo de cientificidad único expulsando al infierno del empirismo a todas las prácticas científicas que lo resistían. Los historiadores, a la inversa, no han cesado de jugar la carta de la apertura pragmática. Esto lo testimonia, por ejemplo, el célebre texto de Fernand Braudel sobre la *Larga duración* publicado en 1958.⁽³⁾ Aquí se opera en un doble nivel: reivindicando el carácter central de la dimensión temporal en el análisis y la inteligencia de los hechos sociales, lo que viene a recordar el lugar irreductible de la historia en el seno de las ciencias sociales; pero también, sobre un plan más estratégico —que traduce una anticipación muy precoz de la crisis por venir—, abogando por una concepción mínima, “ecuménica” (el adjetivo es de Braudel) de toda práctica de la interdisciplinariedad al servicio de ésta. “La historia —puede ser la menos estructurada de las ciencias del hombre— acepta todas las lecciones de sus múltiples vecinos y se esfuerza por repercutir sobre ellas”. Visión modesta, del terreno común y de una *lingua franca*. Si ella no bastará en el corto plazo, para encausar la ofensiva estructuralista, servirá eficazmente, en revancha, para limitar los daños. Mejor, es ella quien alimentará la estrategia de reconquistar el camino para los historiadores —siempre empíricamente y probablemente sin tener clara conciencia de ello—, sobre el terreno mismo de las ciencias sociales.

Una interdisciplinariedad integradora

Una serie de tentativas de hibridación, de las cuales la Antropología histórica triunfante de los años 1970 ha sido el ejemplo más espectacular, puede aportar testimonio de ello.⁽⁴⁾ Se puede leer aquí un esfuerzo decidido por reformular, en

conjunto, la distribución de relaciones de fuerza entre las ciencias sociales y las reglas del intercambio interdisciplinario. Sin duda, la tradición historiográfica de los *Annales* podía reclamar para sí las experiencias pioneras pero que permanecieron aisladas e individuales, es el caso de Marc Bloch, por supuesto (*Les Rois thaumaturges*, 1922; *Les Caractères Originaux de l'Histoire Rurale Française*, 1931; *La Société Feodale* 1939-1940); después, una generación más tarde, aunque diferentes entre ellos, de A. Dupront o de J.P. Vernant. Pero es a otra escala que se organiza en lo sucesivo la confrontación. Alrededor de algunos grandes campos de la investigación —la familia y el parentesco, la religión, la economía, la política—, sin gran preocupación por la ortodoxia teórica —entre los referentes dominantes, se encuentra por cierto Levi-Strauss, pero también Dumont, Hertz y Mauss, Polanyi, Chayanov, Murra o Sahlins—, ni siempre con deseable coherencia, la antropología histórica ha asegurado empíricamente la presencia y las posiciones de los historiadores sobre la mayor parte de los terrenos ocupados por las ciencias sociales. No ha hecho mucho más. En 1978, André Burguière justificaba muy lúcidamente la atracción que ejercía la antropología en esos años explicando que, en ese momento cuando nuestras sociedades contemporáneas renunciaban a la concepción del progreso lineal por su propia cuenta, podría ella corresponder “a la necesidad de encontrar (en el pasado) las diferentes jerarquías del cambio, de hacer su inventario, de comprender sus mecanismos, de afirmar la pluralidad”.⁽⁵⁾ Falta agregar que este giro crítico sobre los hábitos de oficio ha sido también la ocasión de un espectacular movimiento de expansión.

En efecto, parecía abrirse desmesuradamente lo que Emmanuel Le Roy Ladurie ha llamado, un término que es de por sí un programa, el territorio de los historiadores. Se registra una desmultiplicación que parecía entonces sin límite previsible de las demarcaciones y de los objetos. Cada estación, cada entrega de revista, cada nuevo título parecía testimoniar una incansable inventiva. Esta aceleración no es por otra parte exclusiva de Francia: se encuentra pronto en el mundo anglosajón (y en particular en EE.UU.), en Italia, en Alemania. En este momento, —que es también provisorio, de una influencia máxima de *Annales* en el mundo— todo parece poder —y entonces debía— devenir objeto de la historia. Todo: la familia, la sexualidad, las edades, las creencias y los sentimientos, lo simbólico y las representaciones, los confines indecisos de lo biológico y de lo social, con un interés muy marcado por las formas sociales que no se dan fácilmente a leer y a comprender, aquellas precisamente que las ciencias sociales se han designado para actualizar e interpretar. En este sentido, se puede legítimamente pensar que la alianza pasada con ellas toma el relevo de la antigua historia de las mentalidades, de la cual ésta dilata el programa, las ambiciones y los medios.⁽⁶⁾ Toma la forma de una integración voluntarista: es suficiente prestar atención a las referencias bibliográficas de las producciones de esos años para verificar que ha devenido normal, incluso imperativo —puede ser también ritual— para los historiadores fundar sus

pasos y sus resultados remitiendo a los trabajos de los antropólogos y de los sociólogos, en adelante compañeros privilegiados.

Por otra parte no es indiferente que la antropología y la sociología hayan devenido las protagonistas de la historia. Por largo tiempo la geografía, la economía, habían parecido tener ese rol, pero bajo otras condiciones. La geografía proponía, a la vez, la posibilidad de una reflexión sobre la inscripción de los fenómenos sociales en el espacio con un principio fuerte de realidad; ella parecía ofrecer al análisis histórico objetos concretos, visibles y casi tangibles. El lugar de la economía estuvo asociado a la convicción, más o menos explicitada, de que a través de ella se llegaría a los mecanismos fundamentales que orientaban el destino de las sociedades humanas. En su organización misma, *La Méditerranée* de Fernand Braudel (1949) traducía bien esas preferencias, con una primera parte totalmente consagrada al diálogo entre el hombre y el medio, y una segunda a los tiempos de la actividad económica. Pero las cosas cambian completamente con la promoción de las disciplinas que, como es el caso de la antropología y de la sociología, son de alguna suerte coextensivas a la historia y que poseen en común con ella una parecida indeterminación de sus objetos. La confrontación no es más sectorial, limitada. Ella tiende, más o menos conscientemente, hacia una integración de las disciplinas cuya identidad pierde poco a poco su evidencia. Tal habrá sido, puede ser, el proyecto más o menos confesado de los años 1970 y todavía de una buena parte de los años 1980.

¿El tiempo de las confrontaciones?

No obstante, este proyecto no ha llegado a concluirse. Peor, la fe en la posibilidad de una comunidad de las ciencias sociales es probablemente menos fuerte hoy de lo que lo era hace 15 o 20 años. Hay varias razones para esto. El espectacular crecimiento historiográfico de esos años ha sido generoso pero descontrolado. La multiplicación de los objetos, de los terrenos, pero sobre todo de las proposiciones ha sido el origen de tendencias centrífugas. Denunciado, reivindicado o, más frecuentemente todavía, aceptado como un hecho, el "estallido de la historia" ha servido —demasiado pronto— de síntoma para calificar el nuevo desorden de cosas.⁽⁷⁾ La fórmula registraba la proliferación de los intereses históricos. Pero ella manifiesta también que en el interior de la disciplina, la unidad era menos segura. La dinámica misma de la búsqueda invitaba al impulso de formas especializadas y que volvían la circulación de la información más difícil (piénsese, por ejemplo, en la evolución de la demografía histórica, simple modalidad de la historia social general en los años 1960 y devenida, veinte años más tarde, en una subdisciplina altamente técnica y fuertemente autonomizada). Sobretudo, la acumulación de los resultados obtenidos aparece de más en más incierta. El proyecto mismo de una síntesis integradora de conocimientos parecía así puesto en duda.⁽⁸⁾

¿Esta evolución y este diagnóstico son propios de la disciplina histórica? No es seguro. ¿Es por azar, que al mismo tiempo, sean numerosas las ciencias sociales que han apuntado en esa dirección un “estado de la cuestión” o que, más significativamente todavía, han operado una revisión crítica sobre su propia historia? Sin duda, la mayor parte de entre ellas vacilan reconocer formalmente que ha llegado un tiempo de confusión y de dudas, pero los síntomas de la crisis son para todos localizables y pueden, en cada caso, reenviar a las formas y a las contradicciones de una historia particular. Pero estos deben ser agregados al proyecto mismo de una comunidad de las ciencias sociales, al menos en dos niveles.

El primero, el más general, es el de la significación y de la posibilidad del proyecto mismo. Nacido a la vuelta del siglo —en efecto, enraizado en las grandes ideologías científicas del siglo XIX— era inseparable de la convicción de que una inteligibilidad de conjunto de nuestras sociedades era posible y que garantizaba al mismo tiempo la convergencia —al menos tendencial— de las operaciones y los resultados de las ciencias sociales. Esta convicción después de veinte años está quebrantada. Nuestras sociedades han devenido más opacas, inciertas de su presente, de su devenir y, de repente, hasta de su pasado. Al mismo tiempo, los grandes paradigmas unificadores que habían servido de arquitectura englobante al desarrollo de las ciencias sociales se han hundido, y con ellos al modelo funcionalista que tenían en cierto modo en común. La historia global (o la historia total) cuyo proyecto orientó los esfuerzos de tres generaciones de historiadores se encuentra, provisoriamente al menos, puesta entre paréntesis.

El segundo nivel es más técnico. Entre las disciplinas, menos seguras de ellas mismas, de su unidad, de sus fines, el régimen de la comunidad y del intercambio está profundamente alterado. La interdisciplinariedad que parecía caminar por sí misma, que era la vía hacia donde dirigirse para ponerse a trabajar, se ha transformado en problemática y tal vez sea mejor así. De aquí proviene la multiplicación de las respuestas. Nosotros vivimos un tiempo de “anarquía epistemológica” a la vez sugestiva e irritante. Todo sugiere que las viejas referencias, desdibujadas, deben ahora emplearse en reconstruir un espacio pensable para las ciencias sociales. Esta reconstrucción no se encuentra sin embargo más que en sus principios y es muy pronto para adivinar hoy hacia donde nos conducirá. Es posible, en cambio, prestar atención a las formas que va tomando delante de nuestros ojos. La primera es la de una re-disciplinarización parcial. La experiencia de los años 1970-1980 se había caracterizado por la confusión de los géneros. Si nada, en el fondo, distingue la historia de la antropología o de la sociología, ¿cuál puede ser el beneficio sacado de su confrontación? Es necesario reponer entre ellas las “diferencias de potencial” (B. Lévy), que garanticen una circulación efectiva fundada sobre la autonomía y sobre la diferencia de los puntos de vista y de procedimientos de trabajo.⁽⁹⁾ No se trata entonces de re-encerrar el espacio científico en nombre de particularismos disciplinarios, sino de desplegar una pluralidad de proyectos que no se superpongan uno a otro. Esta segunda evolución en curso me parece contribuir a redefinir

el rol de la historia en el seno de las ciencias sociales. Esta ha sido largo tiempo pensada como el lugar ecuménico de la síntesis de los saberes sobre el hombre, o, en una versión menos ambiciosa, como el lugar común de sus experimentaciones. En una obra importante, Jean-Claude Passeron, reponiendo una temática weberiana, desplaza la reflexión insistiendo sobre la historicidad común al conjunto de las ciencias sociales.⁽¹⁰⁾ La afirmación no tiene nada de la evidencia del sentido común. Ella propone reconocer la existencia de un régimen de cientificidad particular, diferente de aquel de las ciencias nomológicas, en los cuales el trabajo de la interpretación esta constantemente asociado a la construcción del objeto. A partir de una reflexión de este tipo, en términos relativamente inéditos, podría estar dirigido en los próximos años el difícil diálogo entre los historiadores y los practicantes de otras ciencias sociales.

NOTAS

(1) G. Weisz, *The emergence of Modern Universities in France, 1863-1914*, Princeton, 1983; W.R. Keylor, *Academy and Community: The foundations of the French Historical Profession*, Cambridge, Mass., 1975; F.K. Ringer, *Fields of Knowledge. French Academic Culture in Comparative Perspective, 1880-1920*, Cambridge-Paris, 1992. Sobre la sociología, la referencia fundamental sigue siendo V. Karady, "Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan de un semi-échec", en *Revue Française de sociologie*, 1976, págs. 276-311.

(2) En este caso, el texto de referencia es el artículo de F. Simiand, "Méthode historique et science sociales", en *Revue de synthèse historique*, 1903, págs. 1-22 y 129-157.

(3) F. Braudel, "Histoire et sciences sociales: la longue durée", en *Annales ESC*, XIII, 1958, incluido en *Écrits sur l'histoire*, Paris, 1972, págs. 752-753.

(4) Cf. a manera de ejemplo el número especial de *Annales*, "Histoire et structure", 3-4, 1971. Un testimonio más difundido puede ser el proporcionado por el balance-programa reunido por J. Le Goff y P. Nora en la obra colectiva *Faire de l'histoire*, Paris, 1974, 3 vol.

(5) A. Burguière, "Lanthropologie historique", en J. Le Goff, R. Chartier, J. Revel (eds.), *La Nouvelle Histoire*, Paris, 1978, pág. 61.

(6) Sobre esta continuidad, se encuentra un testimonio significativo en el artículo de J. Le Goff, "Les mentalités. Une histoire ambiguë", en J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire*, op. cit., III, págs. 76-94.

(7) La fórmula aparece inicialmente, hasta donde conozco, en la presentación de la "Bibliothèque des Histoires" (Gallimard) efectuada por P. Nora, en 1971. "Nosotros vivimos el estallido de la historia". La expresión ha sido recogida, esta vez en clave polémica, por F. Dosse, *L'Histoire en miettes. Des "Annales" à la "Nouvelle Histoire"*, La Découverte, Paris, 1987.

(8) Cf. los dos editoriales sucesivos de *Annales*, "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique", *Annales E.S.C.*, 1988, págs. 291-293, et "Tentons l'expérience", ídem, 1989, págs. 1317-1323. Ver también B. Lepetit, J. Revel, "L'expérimentation contre l'arbitraire", ídem, 1992, págs. 261-265.

(9) Sobre este punto me remito a las reflexiones propuestas por B. Lepetit, "Propositions pour une pratique restreinte de l'interdisciplinarité", *Revue de synthèse*, 4e. Serie, 3, 1990, págs. 331-338.

(10) J.C. Passeron, *Le raisonnement sociologique. L'espace non poppérien du raisonnement naturel*, Nathan, Paris, 1991.